

# GOMEZ ARCOS, FINALISTA

## un español que novela en francés

RAMON CHAO

**A**QUEL Agustín Gómez Arcos, gran esperanza de nuestro teatro (dos veces Premio Lope de Vega), que salió de España hace doce años asqueado por tantas fulleras administrativas; aquel Gómez Arcos es hoy, tras más de una década de trabajos (improbos primero y luego creativos), un novelista francés, finalista del Goncourt, uno de los premios literarios más importantes del mundo.

La revelación de Gómez Arcos en Francia se produjo en tres años con cuatro novelas: *El cordero carnívoro*, o los amores furiosos homosexuales de dos hermanos en una casa muerta que alberga sueños revolucionarios más muertos aún; *María República*, relato de la vida dramática y picaresca de una prostituta, hija de republicanos fusilados por los franquistas, que vive en un convento regido por normas severas y absurdas impuestas por la madre superiora, una duquesa minúscula, cruel y sifilítica; *Ana*, no, historia de Ana Paucha, analfabeta, roja y republicana casi por naturaleza. Sus cuatro hijos lucharon contra los rebeldes en 1936, y tras la victoria de éstos le cayó la maldición de su pueblo: "Se cerraban las puertas cuando pasaba, me enzuaban los perros...". A los setenta y cinco años, Ana emprende la travesía de España a pie, siguiendo las vías del tren, para ver al único hijo varón que le quedó, preso en una cárcel del Norte.

*Escena de caza (furtiva)*, su última novela, finalista del Goncourt, es un relato sombrío, violento, atroz, de la muerte de don Germán Enríquez, jefe de Policía y torturador sádico. Morirá por un acto de venganza de un niño que nace "con los ojos abiertos", y que preparará durante años la pistola y las dos balas que segarán la vida del torturador.

Se trata, como puede verse por todos estos símbolos y alegorías, de un homenaje a la República —una República tal vez un tanto quimérica— y de testimonios paroxísticos de lo que fueron los años más negros del franquismo.

**AGUSTIN GOMEZ ARCOS.**—Yo creo que todo ello es un homenaje a la memoria de un pueblo. Los pueblos no deben olvidarse nunca de lo que han sido y de lo que les ha sucedido. Están obligados a avanzar, pero el hecho de ir adelante no quiere decir que haya que perder la memoria. Y especialmente, los escritores no debemos ser amnésicos.

**RAMON CHAO.**—¿Eso quiere decir que lo que escribes lo has vivido, que, en cierto modo, es autobiográfico?

**A. G. A.**—Es difícil tener las experiencias de todos los personajes que uno hace vivir en sus libros. Yo no pude tener la experiencia de una viejecita española de setenta y cinco años; sin embargo, alguien me contó una vez que una anciana española de esa edad había atravesado España para ir a ver a su hijo a una prisión del Norte, y había hecho el viaje a pie porque no tenía dinero. Entonces, a partir de ese personaje yo imaginé esta aventura patética del personaje

que se lanza a la búsqueda de su propia muerte creyendo que lo que va buscando es su hijo.

**R. Ch.**—Lo curioso, en tu caso, es que describes esa realidad en un idioma que no puede estar en tu memoria, puesto que aquella época la viviste en español.

**A. G. A.**—En efecto, escribo en francés; mucha gente ha dicho que esto significa una traición a mi propia lengua. Desde mi punto de vista de escritor, que es menos mezquino que el de la opinión pública, yo creo que el francés ha significado para mí una riqueza suplementaria. Es decir, el hecho de poder expresar mis ideas en dos lenguas agranda mi campo de acción. Por otra parte, la lengua francesa significa para mí algo muy importante desde el punto de vista psicológico; creo que a partir de la lengua francesa he empezado a expresarme con toda libertad. Claro que esto no puede achacarse a la lengua española, sino a España, pues cuando yo estaba en España la censura existía de una manera muy fuerte.

**R. Ch.**—Dices que escribir en dos lenguas te enriquece, pero sólo escribes en una, habiendo abandonado la otra; quiero decir que desde hace doce años no escribes nada en castellano.

**A. G. A.**—No, no; en absoluto. ¿Por qué voy a abandonar el castellano?

**R. Ch.**—¿Has escrito algo en español?

**A. G. A.**—A ver si nos entendamos. A mi edad no se abandona nada, ¿comprendes? Es decir, pienso que volveré a escribir en español, pienso que si un día estos libros los público en español haré yo mismo mis propios textos, lo que significará una recreación en mi propia lengua. No es que

haya pasado de ser un escritor español a ser un escritor francés. Eso es absurdo. Es que puedo escribir en las dos lenguas.

**R. Ch.**—Decías también que había una situación en España que te llevó a abandonar la lengua y el país. Ahora hay otra situación. ¿Crees que ha cambiado lo suficiente como para que vuelvas a tu idioma?

**A. G. A.**—Bueno, yo lo enfoco de otra manera. La gente que ha nacido como yo, bajo un régimen dictatorial, cuando conseguimos la libertad, no creo que estemos dispuestos a abandonarla. Yo no sé si España es hoy en día un país libre desde el punto de vista de los escritores. No estoy en España. Lo único que puedo afirmar es que a ese nivel no tengo ningún problema en Francia. Y en este momento, la única realidad que existe para mí es esa.

**R. Ch.**—¿Y tú no te interesas por saber si la situación evoluciona?

**A. G. A.**—Indudablemente, y he estado en España varias veces. Supongo que sí, pero hay dos vertientes que toda la gente confunde: en primer lugar, yo no soy nada nacionalista. En segundo lugar, prefiero ser apátrida en el sentido más amplio de la palabra, o multipátrida, si quieres. En tercer lugar, pienso que circunscribir a los escritores a una geografía es bastante nefasto. Creo, además, que soy el único que lo piensa, pero hay toda una serie de cosas que soy el único que las pienso, desde siempre, y creo que esa es la razón por la que escribo. El porvenir que tenga esto no sé cual será, pero, por el momento, conozco el presente, y el presente me interesa.

**R. Ch.**—Decías que nadie en España se ha interesado en publicar tus obras.

**A. G. A.**—Nadie. Ni una sola proposición.

**R. Ch.**—No quería caer en la comparación, pero lo voy a hacer: Arrabal también fue a España, con toda su fama ganada aquí, y tuvo no pocos problemas. Claro que había asuntos políticos por medio, pero...

**A. G. A.**—No, no; el caso de Arrabal y el mío son muy diferentes. Arrabal tuvo problemas en España porque siempre le interesó más su personaje que su propia obra. El personaje que Arrabal ha construido de sí mismo es más importante que lo que ha escrito. Mi caso es diferente. Yo no sé que importancia tiene lo que yo escribo; lo que sí sé es que yo nunca traté de ser un personaje público. Mi nombre no es conocido en España. Es conocido en Francia y en algunos países, donde me traducen, pero físicamente nadie o casi nadie me conoce. Hago muy pocas intervenciones, y sobre todo nunca he adoptado ese culto de la personalidad que ha sido el error fundamental de Arrabal.

**R. Ch.**—¿Por qué te fuiste de España? ¿No podías haber hecho tu carrera allí?

**A. G. A.**—Yo en España estrené tres obras de teatro; tuve un premio por mi primera obra, Elecciones generales, y me dieron el Premio Nacional de Teatro Nuevo en mil novecientos sesenta. Luego, en mil novecientos sesenta y dos, obtuve el Premio Lope de Vega por *Diálogos de la herejía*, y anularon la decisión inmediatamente después. Bueno, hubo un lío con el premio; prohibieron la obra, etcétera. Luego se estrenó en un teatro privado en mil novecientos sesenta y cuatro. En mil novecientos sesenta y cinco estrené *Los gatos* en el teatro Marquina, y en mil novecientos sesenta y seis me dieron otra vez el

## PATRICK MODIANO, GANADOR

*Empieza la temporada de los Premios Goncourt recayó en Patrick Modiano por su novela "Calle de las tiendas oscuras", y el Renaudot en Conrad Detex por "Hierba para quemar".*

*Los Jurados de ambos premios se han distinguido por su falta de originalidad. Las obras premiadas no se alejan mucho de la medocidad general de la actual literatura francesa. Patrick Modiano es uno de los jóvenes lobeznos de estas letras. Irrumpió en el mundo editorial hace diez años (tiene ahora treinta y cuatro) con su novela "Plaza de la Estrella", que le valió el Premio Roger Nimier (1).*

*La "Calle de las tiendas oscu-*

*ras" relata la historia de un detective privado, amnésico y en paro. Trata de recuperar la memoria, y basándose en fotos viejas, en recortes de periódicos y en informes policiales descubre el pasado de un nombre que cree ser el suyo. Hay quien considera que esta novela es una búsqueda metafísica del yo.*

*Conrad Detex nació en Lieja en 1937. A los veinticuatro años emigró a Brasil, donde militó en Movimiento Revolucionario. Fue hecho prisionero y expulsado, viéndolo luego en Portugal y en Argelia. Su novela es autobiográfica. Le lleva de Lovaina a Brasil, donde además de la revolución conoce el amor. Una saga muy trillada. ■*



(1) N. de la R.—La editorial Alfabeta tiene publicada una obra de Modiano: "Los bulevares periféricos". Y otras dos en curso de edición: "La ronde de nuit" y "La livret de famille".



Agustín Gómez Arcos: "Nunca he adoptado ese culto de la personalidad que ha sido el error fundamental de Arrabal".

Lope de Vega por Queridos míos, es preciso contaros ciertas cosas. Pero para que no se pudiera estrenar en un teatro oficial, decidieron darme el segundo premio, dejando el primero desierto. Así que tenía todos los honores del premio, pero ninguna de las ventajas. Ese mismo año la censura me prohibió tres obras, *Balada matrimonial*, *Mil y un meses* y *Queridos míos*... Entonces, harto ya, sin saber qué hacer ni cómo salir adelante, porque no era cuestión de escribir de otra manera, me marché a fregar platos a Londres, donde estuve cerca de dos años. Luego me vine a Francia.

R. Ch.—Y en Francia, ¿a qué te dedicaste?

A. G. A.—A fregar platos también; muchísimos platos. Creo que todos los platos de París los fregué yo durante años. Luego empecé a trabajar en un café-teatro, haciéndolo todo: programando, escribiendo obras, montándolas, barriendo la sala, sirviendo las bebidas, cobrando, pagando a los actores, todo lo hacía yo. Así sobreviví durante años, hasta que de repente la editorial Stock, para quien hacía informes sobre libros, me propuso que escribiera una novela en francés.

R. Ch.—Vuelvo a insistir, pues me impresiona mucho que te hayas despojado de tu idioma, sobre todo para escribir cosas tan rabiosamente españolas.

A. G. A.—Yo creo que las cosas hoy son planetarias. Da lo mismo que se expresen en inglés, que en francés o que en español, o en quechua. Y estos libros los he escrito en francés, pero el día que estén traducidos al sueco, al alemán, al inglés; que yo haga un texto español. ¿Qué importancia tiene que el libro originalmente se haya escrito en francés o en español? Le concedo importancia al talento, y no al idioma. Yo no he leído a Marx en alemán, lo he leído en español...

R. Ch.—Y tal vez por eso no seas marxista... eres más bien libertario.

A. G. A.—No, no. Eso no tiene nada que ver con la lingüística, es una cuestión de temperamento. Cuando yo hablo en *Escena de caza* (furtiva) de los "textos sagrados", estoy hablando de eso. Porque para mí ese tipo de textos son el evangelio de nuestros días, de una posible nueva civilización. En efecto, no pertenezco al Partido Comunista, y eso se debe a mi temperamento; soy más libertario que marxista, pero los análisis que yo hago de las situaciones en las que coloco a mis personajes creo que tienen una base marxista. Mi temperamento es otro, pero para eso está el cerebro. Todo esto es completamente independiente de la lengua.

R. Ch.—¿Cuál es tu método de trabajo?

A. G. A.—Yo tengo una manera muy especial de trabajar. Antes que nada, construyo la tesis de un libro. Es decir, me planteo el problema de lo que voy a escribir. Por ejemplo, en *Escena de caza* (furtiva), el problema era escribir sobre la tortura —de todos los órdenes— que provoca un régimen totalitario. Esto es una idea intelectual, y esto, naturalmente, es el esqueleto de un libro, que no debe ver después el lector. A partir de ahí busco los personajes que puedan encarnar este esqueleto. Una vez que los encuentro, imagino su universo. Tiene que ser un universo completamente personal, no puede ser el mío. Cuando tengo todos esos elementos —que pienso, que medito durante muchísimo tiempo—, el trabajo se hace completamente solo, y si me permites que te lo diga, pues es algo así, con todos sus elementos. Y como he hecho todo ese tipo de búsquedas, todo lo que es el libro: estilo, imágenes, lenguaje, pertenece a eso, ya no me pertenece a mí. En el fondo es un trabajo casi inconsciente. ■

## La homosexualidad, una herejía de nuestro tiempo

**D**ESDE sus inicios, la sociedad autoritaria ha debido establecer una norma y un castigo para quien la infringiera. Una norma muchas veces —casi siempre— sin referencia directa con los problemas reales de los pueblos a quienes se les impone, pero que siempre responde a los intereses del poder, y, sobre todo, a su interés primordial: mantenerse y facilitar la represión de la mayoría. Un típico ejemplo de estas cómodas leyes represivas son las que en la Edad Media y en siglos posteriores castigaban a brujas y herejes. Por medio de ellas se mantenía sujeta a la mayor parte de la población, aterrada por pensar de manera diferente a la establecida, en el caso de los herejes, o por ser o parecer distintos en el caso de las brujas. La Inquisición, brazo armado de la Iglesia y de los estamentos sociales en el poder —del Estado, en una palabra—, se mantenía a sí misma y engrosaba sus arcas gracias a la confiscación de bienes y al terror que provenían del ejercicio de sus funciones.

Ahora, en nuestro siglo XX, que nos parece más iluminado que los anteriores, quizá porque se cubra con más oropel de ciencia, las herejías y los delitos de brujería han sido sustituidos por otros fantoches: la "disidencia política" en las dictaduras, y ese amplio continente que todo abarca de la "marginación social" en el resto del mundo. Marginados sociales pueden ser los "locos", los drogadictos, los homosexuales y los minusválidos. También aquellos que visten de una forma en exceso estrafalaria, o que deciden —por ejemplo— no vestirse. Todos aquellos que se salen de unas normas impuestas en base a una supuesta "moral natural", cuyos principios nadie ha sabido todavía definir.

Del problema de los homosexuales nos habla concretamente el libro *"El homosexual ante la sociedad enferma"*, serie de trabajos sobre el tema de la homosexualidad recogidos por José Ramón Enriquez, editado por Tusquet en su colección *Acracia-Libertarios*. Se pretende en él dar un nuevo enfoque al problema y presentar la represión y marginación de esta minoría erótica como síntoma de una profunda enfermedad de la sociedad. Hasta ahora se había dicho que los grupos de marginados eran un "cáncer social"; lo que es realmente canceroso son los dispositivos legales contra estos grupos marginados. La sociedad, en este caso, actúa como un cuerpo aquejado de cáncer: genera localmente anticuerpos, defensas que se reproducen sin parar y que atacan al propio organismo que las segrega. Nuestra sociedad puede llegar a morir —y, de verdad, quien esto afirma espera ansioso tal momento— por exceso de celo en su propia defensa.

El libro de Enriquez es desigual: ante textos de una claridad y lucidez envidiables, los hay que no tienen el menor interés; algunos incluso sobran: son precisamente los que están demasiado comprometidos en la defensa de una causa concreta, como para que el autor se preocupe de tener un mínimo de claridad y de buen estilo. Pero entre los buenos es necesario señalar los dos Armand de Fluviá, contándonos en uno la historia de la represión antihomosexual en la legislación española desde los primeros textos —fueros— legales, y en otro, la génesis y desarrollo de los movimientos de liberación homosexual en nuestro país. Pero a pesar de su desigualdad, y de que algunos de los textos que en él figuran haya aparecido ya en otros órganos de comunicación, se trata de un trabajo absolutamente necesario para quien quiera comprender la problemática del homosexual inmerso en la sociedad de nuestros días, y, a través de ella, la de toda minoría oprimida.

Para los amantes de la literatura es de obligada lectura la entrevista que se le hace a Jaime Gil de Biedma sobre la homosexualidad en la generación del 27. Se trata de un texto de aparente trivialidad, que no profundiza demasiado en el tema. Pero gracias a él, y al verbo mágico de Gil de Biedma, podemos encontrarnos con una de las características que hicieron de esta corriente poética una de las más importantes no sólo en nuestro país, sino del mundo: un desplazamiento del Eros a campos más amplios, una ampliación del panorama de la sensibilidad poética. ■ E. HARO IBARRA.